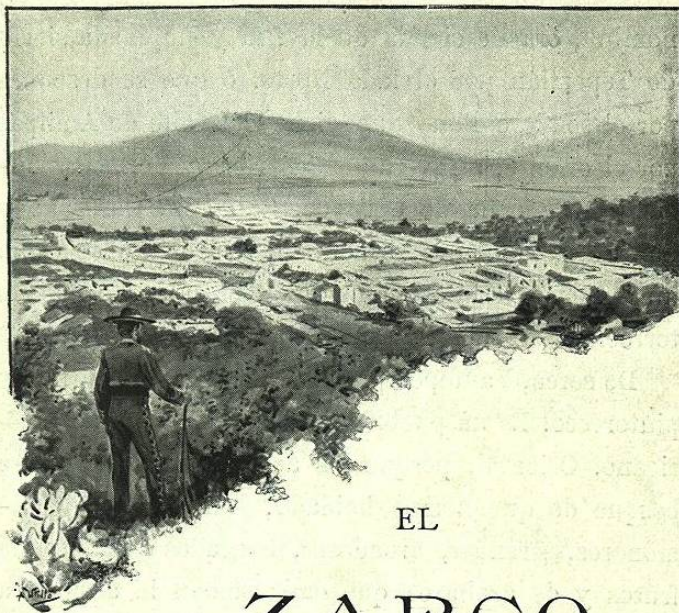


muerto Altamirano, y es natural, por lo mismo, que no falten en ella algunas de esas incorrecciones que se notan al revisar las pruebas de imprenta, cuando el autor mismo desempeña esa tarea. Ni el editor ni yo nos hemos creído autorizados á introducir la más ligera variación, pero ambos pedimos á los críticos que tengan presente esta advertencia.

FRANCISCO SOSA.

México, Septiembre 22 de 1900.



EL

# ZARCO

I

Yautepec

Yautepec es una población de la tierra caliente, cuyo caserío se esconde en un bosque de verdura.

De lejos, ora se llegue de Cuernavaca por el camino quebrado de las Tetillas, que serpentea en medio de dos colinas rocallosas cuya forma les ha dado

nombre, ora descienda de la fría y empinada sierra de Tepoztlán por el lado Norte, ó que se descubra por el sendero llano que viene del valle de Amilpas por el oriente, atravesando las ricas y hermosas haciendas de caña de Cocoyoc, Calderón, Casasano y San Carlos, siempre se contempla á Yautepec como un inmenso bosque por el que sobresalen apenas las torrecillas de su iglesia parroquial.

De cerca, Yautepec presenta un aspecto original y pintoresco. Es un pueblo mitad oriental y mitad americano. Oriental, porque los árboles que forman ese bosque de que hemos hablado, son naranjos y limoneros, grandes, frondosos, cargados siempre de frutos y de azahares que embalsaman la atmósfera con sus aromas embriagadores. Naranjos y limoneros por dondequiera, con extraordinaria profusión. Diríase que allí estos árboles son el producto espontáneo de la tierra; tal es la exuberancia con que se dan, agrupándose, estorbándose, formando espesas y sombrías bóvedas en las huertas grandes ó pequeñas que cultivan todos los vecinos, y rozando con sus ramajes de un verde brillante y oscuro y cargados de pomas de oro los aleros de teja ó de bálago de las casas. Mignon no extrañaría su patria, en Yautepec, donde los naranjos y limoneros florecen en todas las estaciones.

Verdad es que este conjunto oriental se modifica

en parte por la mezcla de otras plantas americanas, pues los bananos suelen mostrar allí sus esbeltos troncos y sus anchas hojas, y los mameyes y otras zapotáceas elevan sus enhiestas copas sobre los bosquecillos, pero los naranjos y limoneros dominan por su abundancia. En 1854, perteneciendo todavía Yautepec al Estado de México, se hizo un recuento de estos árboles en esa población, y se encontró que había más de quinientos mil. Hoy, después de veinte años, es natural que se hayan duplicado ó triplicado. Los vecinos viven casi exclusivamente del producto de estos preciosos frutales, y antes de que existiera el ferrocarril de Veracruz, ellos surtían únicamente de naranjas y limones á la ciudad de México.

Por lo demás, el aspecto del pueblo es semejante al de todos los de las tierras calientes de la República. Algunas casas de azotea pintadas de colores chillantes, la mayor parte teniendo tejados oscuros y salpicados con las manchas cobrizas de la humedad, muchísimas de paja ó de palmeras de la tierra fría, todas amplias, cercadas de paredes de adobe, de árboles ó de piedras; alegres, surtidas abundantemente de agua, nadando en flores y cómodas, aunque sin ningún refinamiento moderno.

Un río apacible de linfas transparentes y serenas, que no es impetuoso más que en las crecientes del tiempo de lluvias, divide el pueblo y el bosque, atra-

vesando la plaza, lamiendo dulcemente aquellos cármenes y dejándose robar sus aguas por numerosos *apantles* que las dispersan en todas direcciones. Ese río es verdaderamente el dios fecundador de la comarca y el padre de los dulces frutos que nos refrescan, durante los calores del estío, y que alegran las fiestas populares en México en todo el año.

La población es buena, tranquila, laboriosa, amante de la paz, franca, sencilla y hospitalaria. Rodeada de magníficas haciendas de caña de azúcar, mantiene un activo tráfico con ellas, así como con Cuernavaca y Morelos, es el centro de numerosos pueblecillos de indígenas, situados en la falda meridional de la cordillera que divide la tierra caliente del valle de México, y con la metrópoli de la República á causa de los productos de sus inmensas huertas de que hemos hablado.

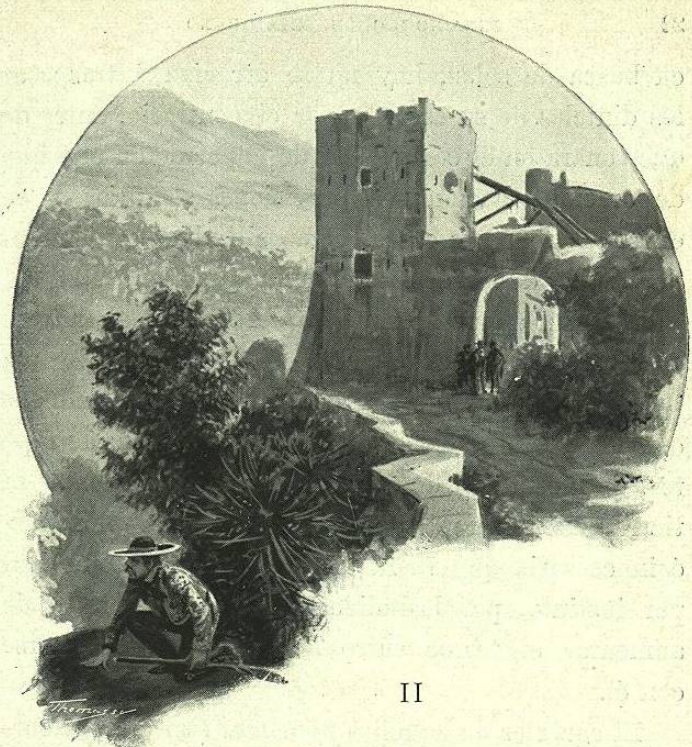
En lo político y administrativo, Yautepec, desde que pertenece al Estado de Morelos, fué elevándose de un rango subalterno y dependiente de Cuernavaca, hasta ser cabecera de distrito, carácter que conserva todavía. No ha tomado parte activa en las guerras civiles y ha sido las más veces víctima de ellas, aunque ha sabido reponerse de sus desastres merced á sus inagotables recursos y á su laboriosidad. El río y los árboles frutales son su tesoro; así es que los facciosos, los partidarios y los bandidos han podido

arrebatárles frecuentemente sus rentas, pero no han logrado mermar ni destruir su capital.

La población toda habla español, pues se compone de razas mestizas. Los indios puros han desaparecido de allí completamente.



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
 BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
 "ALFONSO..."  
 1625 MONTERREY, MEXICO



II

### El terror

Apenas acababa de ponerse el sol, un día de Agosto de 1861, y ya el pueblo de Yautepec parecía estar envuelto en las sombras de la noche. Tal era el silencio que reinaba en él. Los vecinos, que regularmente en estas bellas horas de la tarde, después de concluir sus tareas diarias, acostumbraban siempre salir á respirar el ambiente fresco de las calles, ó á tomar un baño en las pozas y remansos del río ó á discurrir por la plaza ó por las huertas

en busca de solaz, hoy no se atrevían á traspasar los dinteles de su casa, y por el contrario, antes de que sonara en el campanario de la parroquia el toque de oración, hacían sus provisiones de prisa y se encerraban en sus casas, como si hubiese epidemia, palpitando de terror á cada ruido que oían.

Y es que á esas horas, en aquel tiempo calamitoso, comenzaba para los pueblos en que no había una fuerte guarnición el peligro de un asalto de bandidos con los horrores consiguientes de matanza, de raptos, de incendio y de exterminio. Los bandidos de la tierra caliente eran sobre todo crueles. Por horrenda é innecesaria que fuera una crueldad, la cometían, por instinto, por brutalidad, por el solo deseo de aumentar el terror entre las gentes y divertirse con él.

El carácter de aquellos *plateados* (tal era el nombre que se daba á los bandidos de esa época) fué una cosa extraordinaria y excepcional, una explosión de vicio, de crueldad y de infamia que no se había visto jamás en México.

Así, pues, el vecindario de Yauhtepec como el de todas las poblaciones de la tierra caliente, vivía en esos tiempos siempre medroso, tomando durante el día la precaución de colocar vigías en las torres de sus iglesias para que diesen aviso oportuno de la llegada de alguna partida de bandoleros á fin de defenderse en la plaza, en alguna altura ó de parapetarse

en sus casas. Pero durante la noche, esa precaución era inútil, como también lo era el apostar escuchas ó avanzadas en las afueras de la población, pues se habría necesitado ocupar para ello á numerosos vecinos inermes que, aparte del riesgo que correrían de ser sorprendidos, eran insuficientes para vigilar los muchos caminos y veredas que conducían al poblado y que los bandidos conocían perfectamente.

Además, hay que advertir que los *plateados* contaban siempre con muchos cómplices y emisarios dentro de las poblaciones y de las haciendas, y que las pobres autoridades, acobardadas por la falta de elementos de defensa, se veían obligadas, cuando llegaba la ocasión, á entrar en transacciones con ellos, contentándose con ocultarse ó con huir para salvar la vida.

Los bandidos, envalentonados en esta situación, fiados en la dificultad que tenía el gobierno para perseguirlos, ocupado como estaba en combatir la guerra civil, se habían organizado en grandes partidas de cien, doscientos y hasta quinientos hombres, y así recorrían impunemente toda la comarca, viviendo sobre el país, imponiendo fuertes contribuciones á las haciendas y á los pueblos, estableciendo por su cuenta peajes en los caminos y poniendo en práctica todos los días el *plagio*, es decir, el secuestro de personas á quienes no soltaban sino mediante un fuerte rescate. Este crimen, que más de una vez ha sembrado

el terror en México, fué introducido en nuestro país por Cobos, jefe clerical de espantosa nombradía y que pagó al fin sus fechorías en el suplicio.

Á veces los *plateados* establecían un centro de operaciones, una especie de cuartel general desde donde uno ó varios jefes ordenaban los asaltos y los plagios y dirigían cartas á los hacendados y á los vecinos acomodados pidiendo dinero, cartas que era preciso obsequiar so pena de perder la vida sin remedio. Allí también solían tener los escondites en que encerraban á los *plagiados*, someténdolos á los más crueles tratamientos.

Por el tiempo de que estamos hablando, ese cuartel general de bandidos se hallaba en Xochimancas, hacienda antigua y arruinada, no lejos de Yautepec y situada á propósito para evitar una sorpresa.

Semejante vecindad hacía que los pueblos y haciendas del distrito de Yautepec se encontrasen por aquella época bajo la presión de un terror constante.

De manera que así se explica el silencio lúgubre que reinaba en Yautepec en esa tarde de un día de Agosto y cuando todo incitaba al movimiento y á la sociabilidad, no habiendo llovido, como sucedía con frecuencia en ese tiempo de aguas, ni presentado el cielo aspecto alguno amenazador. Al contrario, la atmósfera estaba limpia y serena; allá en los picos de la sierra de Tepoztlán, se agrupaban algunas nubes teñidas todavía con reflejos violáceos; más allá de los

extremos campos de caña que comenzaban á oscurecerse, y de las sombrías masas de verdura y de piedra que señalaban las haciendas, sobre las lejanas ondulaciones de las montañas, comenzaba á aparecer tenue y vaga la luz de la luna, que estaba en su pleno.

